



Universitas Psychologica

ISSN: 1657-9267

revistascientificasjaveriana@gmail.com

Pontificia Universidad Javeriana

Colombia

Novoa Gómez, Mónica María
Algunas consideraciones sobre el dualismo en psicología
Universitas Psychologica, vol. 1, núm. 2, julio-diciembre, 2002, pp. 71-80
Pontificia Universidad Javeriana
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64701209>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL DUALISMO EN PSICOLOGÍA

MÓNICA MARÍA NOVOA GÓMEZ*
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

RESUMEN

La concepción dualista ha sido una constante en las ciencias dedicadas al estudio de los seres humanos, y su debate dentro de la filosofía de la ciencia y dentro de la psicología ha sido amplio (Moore, 2001; Ribes, 1990; Skinner, 1969, 1975; Kantor, 1969; Ryle, 1949). La historia de la reflexión psicológica y filosófica sobre la relación entre el cuerpo y la mente a partir de Descartes es la historia de los innumerables intentos por escapar de lo que ha sido denominado por Vesey (1965) como el punto muerto cartesiano, para hacer referencia a la conclusión de los científicos acerca de la incapacidad humana de comprender cómo el cuerpo y la mente están unidos. En el mejor de los casos, para salvar esta dificultad, se ha regresado inevitablemente a la concepción de sentido común sobre su mutua interacción. El objetivo del presente artículo es discutir la legitimidad de los postulados dualistas y presentar los aportes hechos desde el Análisis Experimental del Comportamiento (AEC).

Palabras clave: historia de la psicología, filosofía de la psicología, análisis del comportamiento.

ABSTRACT

In the sciences dedicated to study the human beings, a dualism framework has been a constant and the debate has been abundant both in philosophy of the science and in psychology itself (Moore, 2001; Ribes, 1990; Skinner, 1975, Skinner, 1969; Kantor, 1969, Ryle, 1949). The history of the psychological and philosophical thought about body-mind relation since Descartes is the history of the uncountable intents to escape from what Vesey (1965) nominated as the dead Cartesian point, to refer to the scientists' conclusion on the human impossibility to understand how the body and mind are united. In the best way, finally there has been a return to the unavoidable common sense conception of its mutual interaction. This article discusses the legitimacy of the dualist postulates and present AEC contributions related to.

Key words: History of psychology, philosophical psychology, behavior analysis.

* Correo electrónico: mmnovo@javeriana.edu.co

Aunque la distinción filosófica entre la mente y el cuerpo en el pensamiento occidental puede ser rastreada desde los griegos (Kantor, 1969; Rachlin, 1994), es en la obra fecunda de René Descartes (1596-1650), matemático, filósofo y fisiólogo francés, donde se encuentra la primera postulación sistemática de las relaciones entre la mente y el cuerpo.

El dualismo cartesiano identifica un conjunto de postulados de orden filosófico y científico desarrollados en el Renacimiento, período conocido por la diferenciación en el abordaje de los fenómenos naturales y por el establecimiento de los precursores de la ciencia contemporánea. En esta época se diferencian la ciencia y la teología, identificando a la primera como una forma de conocimiento, y a la segunda como una doctrina sobre el ser (Ribes, 1990a), estableciéndose como criterio de verdad la existencia de una entidad espiritual en el hombre la cual es homologada a la mente o la razón, “que a la manera de una luz interior permitía discernir la estructura de la realidad” (p. 13).

El dualismo es un movimiento derivado de los postulados de Descartes, quien fuertemente situado en la tradición espiritualista de su época, acepta sin modificación la doctrina del alma y establece que hay tres verdades claras y distintas, es decir, incuestionables para el hombre, ellas son: el yo, el mundo y Dios. Dentro de estas verdades se encuentra la existencia de un alma simple, unificada, intangible e invisible. Esto implica que las almas de los organismos deben considerarse relacionadas invariablemente con sus cuerpos, como dos sustancias o entidades que en combinación constituyen al ser humano. Un hombre constituido por un alma inextensa, espiritualista y pensante, y por un cuerpo extenso y material (Descartes, 1990).

Descartes afirmó que “la mente puede actuar independientemente del cerebro” (p. 339), lo cual implica que el alma existe sin dependencia del cuerpo. Al describir las pasiones del alma, Descartes menciona la alegría, el asombro, el amor, el odio, el pensamiento, el razonamiento, el recuerdo y el querer, entre otras; además, afirmó que la psicología tenía como materia de estudio, en lo fundamental, el alma o la mente; una entidad unificada, una *res cogitans* que ejecuta las actividades cognitivas y determina los movimientos del cuerpo en oposición a la *res extensa*, que agrupa las acciones de sentir, percibir y apetecer (hambre y sed).

Buscando fundamentar la ciencia, Descartes establece la equivalencia entre el alma y el sujeto, donde el alma es el “yo-sujeto” (que piensa, siente y razona) que se opone a los objetos materiales (motivo de su conocimiento). Esta dualidad sujeto-objeto, afirmó la existencia de dos tipos de realidades (*res cogitans* y *res extensa*) y fundamentó el problema ontológico de la dualidad. Sin embargo, esta

dualidad ontológica implica que al ser el sujeto quien conoce un objeto, y estar él constituido por una entidad inmaterial, no podrá ser él un objeto de conocimiento científico, pues no es pertinente la aplicación de los métodos naturales de la matemática, la física y la geometría.

Tales son las razones por las cuales el método de conocimiento privilegiado por Descartes y los pensadores posteriores a él es el derivado del razonamiento puro, conocido de manera general como método hipotético-deductivo. La manera de conocer al sujeto es a través del conocimiento realizado por el propio sujeto, según Wundt (1832-1920), a través de la introspección.

Descartes cimienta este postulado al definir el objeto como aquello que ocupa espacio y tiempo, que es mensurable y sobre lo cual puede usarse/aplicarse la matemática (única ciencia que se impone por sí misma, pues se sustenta en la experiencia directa de los sentidos); en tanto que el sujeto es inextenso, invisible, no ocupa espacio y es inconmensurable, por tanto, no se puede medir, no se le puede aplicar la matemática y no es objeto de estudio científico. Desde la perspectiva de varios autores, esta manera de presentar las cosas hizo que se restringiera el estudio de lo subjetivo al campo de la filosofía y el estudio de lo material al campo de la ciencia.

Dentro de ese proceso, el problema se trasladó a entender cómo lo material se convertía en subjetivo, cómo algo que ocurría en el mundo afectaba la mente; es decir, cómo el sujeto se relacionaba con el mundo externo. Para solucionar el problema Descartes fundamentó sus postulados en la física newtoniana, la cual se centró en explicar el movimiento por medio de una causa (fuerza) que producía un efecto (movimiento) (e. g., la bola de billar solamente se mueve si existe la fuerza de algo externo —otra bola, el taco— que la impulse), lo que implicó que todo movimiento material se explicaba por medio de la mecánica.

Coherente con estos principios, Descartes entendió al ser vivo como una máquina muy sofisticada que actuaba de forma automática (llamó al hombre autómatas), y en quien igualmente confluían causas no identificables que producían el movimiento que no podía explicarse mecánicamente (e. g., levantar la mano porque “se quería hacerlo” sin que existiera una fuerza externa de tipo mecánico que impulsara el brazo hacia arriba). Esta causa no identificable que está debajo de la piel, fue denominada por él como espíritus animales, y es el concepto precursor de lo que hoy se conoce como conexiones nerviosas. Esta metáfora explicativa fue conocida como el fantasma de la máquina y ha mostrado su prevalencia hasta hoy. Para cerrar su teoría, presupuso que un acto voluntario (sin causa mecánica) se producía por la integración del deseo del alma y el movimiento del músculo (levantar el brazo) en la glándula pineal.

En 1649 Descartes publica *Les passions de l'ame*, la más importante contribución de Descartes a la psicología. Además de un análisis de las emociones primarias, contiene la explicación más extensa de Descartes sobre la interacción mente/cuerpo en la glándula pineal. Como es bien sabido, Descartes elige la glándula pineal porque le parece que es el único órgano en el cerebro que no está duplicado bilateralmente y porque creía, erróneamente, que era exclusivo de los seres humanos.

En esta obra, Descartes describe el mecanismo de la reacción automática en respuesta a los estímulos externos. De acuerdo con su propuesta, los movimientos externos afectan las terminaciones periféricas de las fibrillas nerviosas, que a su vez desplazan las terminaciones centrales; cuando las terminaciones centrales son desplazadas, el modelo de espacio interfibrilar es dispuesto de otro modo y el flujo de los espíritus animales es así dirigido hacia los nervios apropiados. Fue la explicación de Descartes de este mecanismo por medio de una reacción automática y diferenciada lo que le condujo a ser considerado como el fundador de la teoría del reflejo.

Se encuentran así desde el planteamiento cartesiano dos tipos de dualismos: a) el dualismo ontológico que afirma la existencia de dos tipos de realidades, la realidad subjetiva (la pensante) y la objetiva (realidad cuantificable que ocupa lugar, espacio y tiempo y es matematizable), y b) el dualismo epistemológico, que consiste en oponer el objeto conocido al sujeto cognoscente, es decir, una cosa es lo que se conoce y otra quien conoce. Este último supone que lo conocido es público mientras que quien conoce es privado, donde conocer es una actividad que se realiza sobre un objeto.

Estos postulados cartesianos fueron el punto de partida para dos corrientes que dividieron la ciencia moderna: el empirismo (asociacionismo), y el idealismo (racionalismo); y sirvieron además como punto de partida para objetar a la psicología como una ciencia, en tanto que afirma que si la psicología estudia el comportamiento humano, y éste depende de la voluntad de la persona, no está sujeto a leyes y no se le puede aplicar la lógica de la matemática (Kant fue uno de los principales representantes de esta postura). Se encuentra también la perspectiva opuesta, en la cual se asume que con Descartes se formaliza un nuevo papel para la psicología, que es estudiar la interacción entre dos sustancias, la *res extensa* y la *res cogitans* (Ryle, 1949; Ribes, 1985).

Todos los puntos de vista derivados de allí han hecho alguna distinción entre la mente y el cuerpo, y el debate gira en torno a que al establecer esta distinción a cualquier nivel, se origina de inmediato el problema de la relación entre la mente y el cuerpo. Para evitar este problema es necesario negar cualquier distinción entre la

mente y el cuerpo; en el curso de la historia intelectual las negaciones de este tipo han tomado diferentes formas.

Por este camino, hasta principios del siglo XIX la psicología fue predominantemente una disciplina metafísica; sin embargo, el énfasis puesto por autores como Herbart (1776-1841) y posteriormente la enorme y ampliamente reconocida influencia de la psicofísica en Wilhem Wundt (1879), introdujo a la psicología en la gran revolución científica que dominó al mundo intelectual del siglo XIX. En este período las ciencias biológicas tuvieron un enorme avance, contando con investigadores como Darwin, Spencer, Mendel y Pasteur, que unieron argumentos para sospechar de la existencia del fantasma de la máquina.

Antes de Darwin (1859), la concepción del mundo era totalmente antropocéntrica, el hombre era el centro del mundo, por tanto, su idea de la evolución de las especies gestó una gran revolución, pues el hombre estaba incluido allí. La evolución fue inicialmente aceptada en términos del cuerpo biológico; pero eso dejaba sobre el tapete la pregunta por la mente, ¿ella también evoluciona?, ¿tiene función adaptativa?, ¿los animales tienen mente? Estos cuestionamientos dieron paso a una gran cantidad de trabajos de investigación sobre los procesos mentales animales que se basaron a la observación o el estudio de indicadores conductuales, y que por esa vía comenzaron a cuestionar los postulados de un ente independiente del cuerpo que tuviera la función de gobernar el comportamiento humano. Es decir, se comenzó a cuestionar la mente, y por ahí, a evidenciarse los vacíos lógicos y empíricos de su postulación, datos que han sido difícilmente rebatidos dentro del campo científico.

La teoría de la selección natural de Darwin (1859) planteó que el ambiente podía afectar a los organismos de una manera selectiva, es decir, “seleccionando” características físicas y características ambientales. Dados ciertos arreglos ambientales, algunos organismos se ajustan a ellos, y los que no lo hacen desaparecen; al variar las condiciones del medio, los organismos deben cambiar/ajustarse en cuerpo y conducta.

Este concepto es retomado por Skinner (1975) al plantear que en el proceso ontogenético de un individuo igualmente se seleccionan los comportamientos por sus consecuencias, permaneciendo aquellos que cumplen una función adaptativa, y afianzando la idea de que no era la causa mecánica la explicación acertada del comportamiento y que no se requería acudir a la postulación de fuerzas.

Sumado a lo anterior, la concepción dualista implica que al considerar un espíritu y una materia que interactúan, más los principios derivados de la mecánica newtoniana, las explicaciones del comportamiento se harán con la identificación de causas inmediatas. Éste es uno de los errores más afianzados del conocimiento popular, pero además

es el principal punto de discrepancia entre el análisis de la conducta (Skinner, 1975) y las aproximaciones dualistas y mentalistas. Tal divergencia ha sido omitida, tergiversada o simplemente ignorada por algunos teóricos de la psicología que identifican los modelos conductuales con el mecanicismo. Este tipo de juicios demuestran un enorme desconocimiento de los principios del análisis experimental de la conducta, los cuales tomaron distancia de la explicación mecanicista al hablar de relaciones funcionales como relaciones de dependencia mutua y recíproca (concepto de contingencia).

Por el camino del dualismo, el fenómeno que se abre paso dentro de la psicología es el movimiento teórico que explica en términos del objeto lo que antes se explicaba en términos del sujeto. Dentro de esta corriente las funciones mentales son reducidas al mundo de lo explicable a través de mecanismos mediacionales del organismo (Mahoney, 1983; Beck, 1963; Lazarus y Folkman, 1986; Bandura, 1977), o a la aceptación del punto de vista de que el cerebro hace el papel de órgano de la mente; sin embargo, ambas posturas mantienen la lógica epistemológica dualista por negación, pues homologan las causas mentales a las materiales (cerebro), cayendo en lo que Ryle ha denominado error/invasión categorial.

El error categorial hace referencia a la falla del científico que en vez de hacer uso de metáforas se vuelve víctima de ellas, y que se evidencia fehacientemente en los modelos de redes neuronales (véase Fodor, 1986) y en la metáfora del computador, tan vigentes en esta época, pero que comenzó con el proceso de naturalización de la mente en el siglo XIX, con la formulación de teorías del sistema nervioso (el surgimiento de la psicofísica con Weber) que permitieran explicar la interacción de la mente con el organismo, para poder así dar cuenta del comportamiento humano.

Ryle (1949) critica los supuestos de lo que se llamó la doctrina oficial la cual, en resumen, exponía que a) todo ser humano tiene un alma y un cuerpo; b) los cuerpos ocupan un espacio y están sujetos a leyes mecánicas, la mente no; y c) cada ser humano tiene acceso directo sólo a su propia mente (que lleva unida la discusión entre conducta pública y conducta privada). Los argumentos de Ryle giraron en torno a dos ideas fundamentales; la primera, la pregunta por la manera como lo inextenso afecta lo extenso no puede tener respuesta y por tanto debe dejarse de lado como problema para la ciencia; la segunda, que la noción de agente interno ha cosificado los aspectos internos, dándoles un estatuto ontológico que no tienen y que bajo un análisis lógico y experimental resulta a todas luces absurdo. Concluye Ryle que la noción del fantasma de la máquina se mantiene por el uso que se hace del lenguaje, haciendo referencia a los errores categoriales.

Sumado a lo anterior, la ciencia ha incorporado a su lenguaje aquellos referentes del lenguaje ordinario, y la manera como habitualmente se hacen las descripciones acerca de la vida, los fenómenos y los sentimientos; y aunque ha tratado de limitar y redefinir conceptos al interior de sí misma, esta decantación no se ha trasladado al hombre del común, y el efecto de ello es más notable en la psicología que en otras disciplinas como la matemática, la física o la geometría. Es decir, la naturaleza “escurridiza” del objeto de estudio de la psicología es la fuente principal de inconsistencias.

Sólo falta entonces resaltar que como resultado del proceso histórico descrito, se encuentra un “mentalismo puro” en el pensamiento occidental, en el cual se afirma que la mente es un espacio de naturaleza no física donde los hechos obedecen a leyes que no son físicas. El término conciencia es un claro ejemplo de esta categoría, que a la postre no ha sido empíricamente (claramente) definida por nadie. En palabras de Kantor (1969):

La psicología, entendida como ciencia, padece (...) a causa de este modelo mecánico, el peso de constructos trascendentales como lo son el alma, la mente, la conciencia, la sensación y otros similares, [y] en tanto se hacían grandes adelantos en física, astronomía y química. [la psicología] es testigo de la vivificación de los dualismos espíritu-materia, mente-naturaleza, subjetivo-objetivo, primario-secundario, apariencia-realidad y nómeno-fenómeno (...) que han dado atraso a la psicología y progresos a las demás ciencias (...), la evolución de las ciencias muestra que las creencias trascendentales son más estables que aquellas que dependen más de la confrontación con eventos observables (p. 306).

El análisis experimental de la conducta y los conceptos mentalistas

Ante la enorme tradición histórica que pesaba sobre la psicología, donde ésta era entendida más del lado de la teología y la filosofía que de la ciencia, y el surgimiento de la psicofísica que comenzaba a adquirir estatuto de ciencia con los trabajos de Wilhem Wundt (1832-1920), Skinner, influenciado por los planteamientos del físico austriaco Ernest Mach (1838-1916) y el trabajo de Charles Darwin, pretende describir el comportamiento en términos de relaciones funcionales entre clases de respuestas y clases de estímulos (Skinner, 1966), constituyendo lo que se conoce como *el análisis experimental del comportamiento*.

El análisis experimental del comportamiento es una teoría del comportamiento que se caracteriza por la ampliación de la concepción del comportamiento bajo la unidad de análisis de dos términos (E-R, la cual explicaba el comportamiento respondiente involuntario —compor-

tamiento elicitado—), a la concepción del comportamiento bajo una unidad de tres términos (la contingencia de E-R-C), que permite explicar el comportamiento operante o voluntario (comportamiento emitido) (Skinner, 1969).

El análisis del comportamiento no niega lo privado, admite la actividad psicológica debajo de la piel, aceptándola como algo propio aunque sea un campo de difícil estudio; lo subjetivo estaría definido dentro del análisis experimental como relaciones comportamentales en contexto (Morris, 1998). Skinner, dentro del contexto de su tiempo, examina esta problemática de los eventos privados en varios escritos (1945, 1953, 1957, 1969) y expone el mentalismo con el fin de anularlo, presentando como alternativa la conceptualización del comportamiento como una correlación entre funciones de estímulo y respuesta en un campo de factores, o entre estímulos y respuestas como conceptos de clase. Tanto estímulos como respuestas se describen y definen en términos de la relación funcional que establezcan entre unos y otros, relación que no tiene vacíos temporales ni espaciales, por lo cual no pueden ser “llenados” con conceptos mediacionales o representacionales (Skinner) (véase Chiesa, 1994).

El planteamiento de Skinner en torno al tema de los eventos privados es claro, comenzando por la definición de organismo y de comportamiento, que distaba mucho de los tradicionales acercamientos que se habían realizado desde la psicología popular, cargados de visiones antimaterialistas, metafísicas y con un fuerte componente teológico. La definición de organismo como el lugar de confluencia de variables orgánicas (filogenéticas y ontogenéticas) mostró desde el principio una fuerte influencia evolucionista, aunque ella no fuera reconocida por él sino hasta 1974 en *About Behaviorism*. Esta influencia se concreta en el concepto de selección de conductas por consecuencias, retomando los postulados de la teoría evolucionista en relación con el proceso ontogenético. Esta concepción resalta que no es la causa mecánica lo que explica el comportamiento y que no es necesario acudir a la postulación de fuerzas para poder explicarlo, sino que su explicación se encuentra en las relaciones funcionales establecidas entre estímulos y respuestas.

De la mano con la definición de organismo, se encuentra la definición de conducta, la cual va unida a la noción de encadenamiento de comportamientos, que abre la puerta al análisis molar del fenómeno conductual en los organismos. Como lo resalta Ballesteros (2002), para el analista del comportamiento la conducta es un proceso de interacción entre el organismo y el ambiente, en donde el sustantivo *proceso* significa continuo e interacción constante. Esta definición de conducta como proceso implica que el comportamiento no tiene fragmentos, sino que es una unidad completa en permanente transformación y evolución. De esta manera, la acción

psicológica implica para Skinner (1953, 1957), una interacción específica con funciones del estímulo, y presenta variaciones y complejidades acumulativas, siendo el lenguaje un ejemplo de ello.

Si bien es cierto que el conductismo radical rechaza con vehemencia los conceptos mentalistas, Skinner definió con certeza lo que para él era el mundo debajo de la piel y diferencia esta concepción de cualquier entendimiento del mundo privado como una entidad independiente del propio organismo. En su libro *Sobre el conductismo*, Skinner (1975), en respuesta las críticas realizadas al conductismo en relación con la supuesta ignorancia de la conciencia, los sentimientos y los estados de la mente, plantea que sería absurdo negar la evidencia de la existencia de algo que sentimos y observamos, aun cuando estos “estados” no sean observados por terceros.

Los estados internos, afirma, son eventos privados de naturaleza física que se dividen en tres sistemas que ponen a la persona en contacto con el mundo interno: a) el sistema interoceptivo: hígado, aparato digestivo, glándulas y conductos y vasos sanguíneos; b) el sistema propioceptivo: músculos, articulaciones y tendones de la estructura esquelética, equilibrio y ejecución de movimientos, y c) el sistema exteroceptivo: visión, oído, gusto, olfato y percepción del mundo exterior. Skinner afirma con claridad la función adaptativa de tales sistemas, pero como Morris (1998) asegura, si bien estas redes han evolucionado cumpliendo una función adaptativa sobre la cual se soporta el comportamiento total, éste no puede ser explicado de forma reduccionista o mecanicista por aquello material o sus componentes.

Autores como Moore (1995) han resaltado esta definición de sistemas propuesta por Skinner, señalando que existen dos clases de fenómenos privados: a) aquella estimulación de partes de cerebro y del SN, y b) comportamiento encubierto que puede involucrar o no retroalimentación intero o propioceptiva, y la afirmación vehemente de que ninguna de estas características es sustento para decir que son eventos cualitativamente diferentes de los que son públicamente observables; es más, éstos forman parte de aquéllos o viceversa.

Una vez aclarada la naturaleza de los eventos privados, se plantea la pregunta acerca de la manera como tales eventos privados adquieren relevancia psicológica. Skinner (1975) responde al problema de la aparición del concepto de mente afirmando que “lo que ha evolucionado es un organismo, parte de cuyo comportamiento se ha tratado de explicar con la invención del concepto de mente” (p. 49), y plantea la noción de selección por consecuencias (Skinner, 1981) para explicar que el comportamiento es un proceso, es decir, está sujeto al cambio continuo.

Considera que las variables y los eventos de los cuales el comportamiento es función, se encuentran en el exterior de la respuesta, no necesariamente fuera de la piel del organismo, distinción importante para la consideración realizada por Skinner en relación con el tema, que ha sido aclarada con la noción de estímulo discriminativo.

El comportamiento ocurre porque en el curso de la evolución se han seleccionado los mecanismos apropiados. Los sentimientos son simplemente productos colaterales de las condiciones responsables del comportamiento. De esta manera, conceptos como amar son categorías conceptuales que denominan maneras de comportarse, las cuales a su vez tienen ciertos efectos, que posiblemente están relacionados con condiciones concomitantes que se pueden sentir con alguno de los tres sistemas descritos.

Queda entonces establecido que el concepto de mente —fundamental para las ciencias del comportamiento— fue abordado por Skinner de manera tajante rechazando el concepto entendido como una entidad y proponiendo que se reemplazara por la palabra *persona*, pues ésta se reconoce en las interacciones sociales de los organismos. Skinner (1945) explica que es incorrecto decir que la mente de alguien hace algo, pues es la persona quien lo hace y no existe necesidad de diferenciar estos dos constructos.

Conviene resaltar la concepción de persona en Skinner, ya que sin ella la subjetividad no tendría mucho sentido. Para Skinner la persona es un organismo biológico en interacción con un ambiente social. Esto significa que se es persona en el momento en que se empieza a interactuar con otras personas, cuando el organismo entra a formar parte de lo que Skinner denominó *comunidad verbal*. Es decir, una comunidad que comparte prácticas culturales y lenguaje; es por eso que las personas se comportan de forma diferencial de acuerdo con las contingencias que prevalezcan en los diferentes contextos donde interactúan a lo largo de su vida (Skinner, 1991).

Para él, la pregunta relevante está relacionada con el control, entendido como la manera de crear, mantener, modificar o extinguir la conducta a través de cambios ambientales (no qué es la *psique* o cómo se cambia la mente) (Pérez, 1998). “Con frecuencia se dice que existe una vida intrapsíquica de la mente, totalmente independiente del mundo físico, en la cual los recuerdos evocan recuerdos, las ideas sugieren ideas, etc. Pero la realidad es que es susceptible identificar contingencias de refuerzo que explican tales actividades ‘intra psíquicas’” (Skinner, 1975, p. 144).

El otro nivel de análisis para Skinner está relacionado con la manera como las personas aprenden a dar cuenta de su comportamiento, aprendizaje que se desarrolla dentro de la comunidad verbal, y por medio del cual se enseña a identificar estados que de otra forma

pasarían inadvertidos. Es decir, el aprendizaje de descripciones de condiciones internas, por medio del uso de condiciones públicas que se le asocian.

Skinner explica que los términos referentes a los estados emocionales o motivacionales muestran a menudo cierta relación con las circunstancias externas que los generan. Es por medio del uso de metáforas como podemos hacer una referencia directa a los estados internos, esto significa que las descripciones realizadas por las personas acerca de su mundo interior nunca son precisas.

Justifica aún más su rechazo a los términos mentalistas, argumentando que tales términos hacen difícil determinar relaciones funcionales mientras que el análisis experimental de las contingencias de refuerzo introduce mayor orden en estos puntos, permitiendo alcanzar el objetivo del analista de conducta que es predecir y controlar.

En su exploración de el porqué de las explicaciones metafísicas, señala que las consecuencias que moldean y mantienen el comportamiento no están siempre presentes en el lugar donde ocurre la respuesta porque en muchas ocasiones se han convertido en parte de la historia del organismo, y que esta aparente falta de una causa inmediata en el comportamiento operante ha llevado a la invención de un hecho iniciador (homologa sarcásticamente a la generación espontánea de los insectos en Pasteur). “Se dice que el comportamiento empieza cuando la persona desea actuar y de esta manera se cree resolver el problema de aquello que por no resultar inmediato, pareciera resultar inexplicable. Sin embargo, en estos casos de lo que se habla es de la probabilidad de una operante, cuyas causas están en la historia de la persona” (p. 77).

En este sentido, plantea que el autoconocimiento es de origen social, es decir, que conocer no es el resultado innato del organismo sino que es producto de la “conciencia” que tiene el hombre de lo que conoce, “Solamente cuando el mundo privado de una persona es importante para otras personas, se vuelve importante para ella misma” (p. 37).

El interés del analista de la conducta en este tipo de eventos privados está en la medida en que permite conocer las pautas de conducta pasada, las condiciones que lo afectaron, para así predecir los patrones de conducta presente y futura. “La vida mental y el mundo en que esa vida vive, son invenciones” (p. 100).

La dimensión de lo subjetivo vs. lo objetivo

Moore (1995) explica que la distinción entre el dominio objetivo vs. el dominio subjetivo ha sido de debate central dentro de la psicología, y en tal discusión se han acuñado varios tipos de conceptos que permiten explicar el proceso adelantado en esta dualidad histórica.

El conductismo radical tiene su propia manera de entender la relación o distinción entre lo objetivo vs. lo subjetivo. Para el conductismo radical, las dicotomías entre subjetivo y objetivo, conocer y conocido, observador y observado, muestran la dicotomía ontológica entre el mundo y el hombre; esta perspectiva propone un tratamiento único para el problema filosófico de la mente, las disposiciones personales y la diferencia entre la observación en primera o tercera persona.

Según Moore (1995) esta distinción entre objetivo-subjetivo tiene tres dimensiones: la primera está relacionada con el acceso a aquello único individual o subjetivo; en este sentido Skinner plantea que el único problema puede estar parcialmente resuelto con la conexión entre lo subjetivo y el comportamiento verbal. Esta postura es especialmente interesante si se tiene en cuenta el papel de la introspección dentro de la historia de la psicología. Desde el punto de vista del analista de la conducta, la introspección no es necesaria para establecer relaciones causales del comportamiento de las personas. Establece que la introspección es una instancia de la actividad verbal ocasionada por circunstancias antecedentes y mantenida por ciertas consecuencias.

La segunda dimensión de la distinción subjetivo-objetivo es de tipo epistemológico. Desde el punto de vista del analista de la conducta, conocer es simplemente un nombre que se da a la capacidad o acto que permite a los organismos dar respuestas diferentes ante circunstancias diferentes. De acuerdo con esta posición, lo subjetivo vs. lo objetivo no son sino niveles distintos del mismo fenómeno denominado conocimiento.

La tercera dimensión se relaciona con el sentido de lo personal y único. Cada individuo tiene una historia genética individual, de interacciones con el ambiente, y cada individuo se encuentra ante circunstancias particulares con condiciones motivacionales particulares. Sin embargo, la ciencia experimental ha demostrado que es posible describir patrones más o menos estables para poblaciones, grupos y especies si se tiene el control ambiental.

Para el conductismo radical entonces, la dicotomía entre subjetivo y objetivo, conocedor y conocido, observador y agente, no es más que una dicotomía filosófica. Sin embargo, queda la pregunta: ¿cuál es la naturaleza de las relaciones funcionales entre fenómenos privados o subjetivos y el comportamiento siguiente? Ante esto, Moore (1995) considera dos clases de eventos privados: aquellos relacionados con condiciones propias del cuerpo (dolor), y aquellos relacionados con el comportamiento encubierto (pensamiento). En cualquier caso, el evento privado no explica el comportamiento, si acaso, es solamente otro fragmento del comportamiento que debe ser explicado.

El conductismo radical dice que muchos de los términos utilizados dentro del lenguaje popular de la psicología utilizan en la mayoría de los casos metáforas inapropiadas, que no se adecuan a la perspectiva científica (Moore, 1990; Skinner, 1989, 1990).

Wittgenstein (1980), en este sentido, explica que al relacionarse la psicología con el hacer y el hablar cotidianos, los juegos del lenguaje de allí derivados se han constituido en la materia prima de un mito que ha predominado hasta hoy, el mito de establecer la contraposición de dos mundos: el mundo exterior (de los objetos) y el mundo interior (de la experiencia), y que este mito ha favorecido la creencia de que los eventos llamados mentales son los episodios que la psicología debe estudiar y que, además, existen en un nivel de funcionamiento distinto de aquél donde ocurren los eventos externos.

Se puede decir que la dualidad cartesiana intentó resolverse con los planteamientos del conductismo radical. La incorporación del monismo conductual, referente a la consideración de la persona como una unidad o un todo, en el cual es indivisible biología de conducta, o sentimiento de conducta; y la remisión del estudio del mundo debajo de la piel, al estudio de las relaciones funcionales entre ambiente y comportamiento deja sin piso el debate de si la mente es una sustancia o una estructura funcionalmente distinta para dar paso al estudio del comportamiento como interacción.

Una alternativa conceptual dentro del conductismo actual

Emilio Ribes ha sido reconocido por su visión crítica acerca del desarrollo de la psicología, y ha dedicado gran parte de su trabajo a evidenciar las dificultades conceptuales que predominan dentro de la disciplina, planteando una teoría de la conducta que busca subsanar las limitaciones existentes y avanzar en el campo de la investigación (Ribes, 1990; Ribes, 1985). Continuando con los planteamientos de Kantor (1981), define lo psicológico como “la interacción del organismo total y su ambiente” (p. 23), y sobre esta base presenta una nueva formulación del campo de estudio de la psicología, de los límites con otras disciplinas y de los métodos de investigación sobre los cuales debe descansar.

Amplia ha sido su disertación acerca de los términos mentalistas, cuyas dificultades pueden resumirse en el siguiente párrafo:

La ciencia psicológica se ha desarrollado bajo tres objetivos, a) interpretar la estructura y funcionamiento de un mundo no observable directamente; b) elegir los indicadores observables pertinentes para hacer inferencias respecto de ese mundo; c) analizar

empíricamente la interacción entre el mundo de la mente y el mundo físico de sus expresiones; y d) formular o identificar modelos que describieran la estructura de la mente y la interacción con sus diversas expresiones, es decir, lo que limitativamente se llamó comportamiento. Sin embargo ... estos supuestos son falsos y se basan en un gran error lógico: pensar que las expresiones respecto a los eventos mentales son referencias a objetos y eventos, como lo constituyen muchas de las expresiones respecto de las cosas y hechos cotidianos. Las expresiones mentales no son referencias a entidades o eventos que ocurren más allá del episodio lingüístico, sino que en realidad constituyen expresiones que comunican intenciones, tendencias, disposiciones a actuar con base en el contexto de la expresión y de acuerdo con el uso de una comunidad determinada. Hablar en términos mentales no es hablar acerca de los hechos mentales. Es hablar de propensiones, tendencias e inclinaciones, y este hablar tiene significado sólo y exclusivamente en el contexto de su uso (Ribes, 1990, p. 19).

De acuerdo con los planteamientos realizados por Skinner mucho tiempo antes, Ribes —como otros psicólogos— ha evidenciado que la definición de los eventos en términos mentalistas no es más que un problema que tiene origen en el uso del lenguaje; sin embargo, a diferencia de Skinner, Ribes niega rotundamente la existencia de un mundo privado y argumenta con ahínco que la postulación de eventos privados se enmarca en posiciones dualistas que son ajenas al conductismo.

El dualismo tiene dos implicaciones, la primera relacionada con la consideración de dos mundos, y por tanto es de tipo ontológico. Considera que existen dos sustancias, una de ellas antimaterial (la subjetividad, la mente, lo puramente psicológico) que interactúa con la materia. La segunda es de tipo epistemológico, en la que la subjetividad como mente es el agente de conocimiento, pues ella atribuye significado a la experiencia “sensible”. Esta dualidad subjetivo-objetivo planteó el problema acerca de dónde se producían los fenómenos, y la solución histórica ha sido el cerebro. En relación con este dualismo Ribes plantea que la subjetividad en rigor no consiste en un problema empírico del hacer del hombre, sino que se relaciona mejor con una mitología sobre ese hacer.

Para ampliar este postulado, explica que considerar —así sea conceptualmente— instancias subjetivas es considerar como real lo que es simplemente una construcción ideológica realizada en el lenguaje. La subjetividad, en su opinión, no se expresa (no es), es simplemente una forma de referirse a prácticas lingüísticas acerca del individuo que interactúa, no es causa de la interacción, ni consecuencia de la misma. De tal manera, la considera-

ción de instancias internas, privadas o subjetivas, es opuesta y claramente contradictoria con la teoría de la conducta, cualquiera sea la naturaleza de tal postulación. Con estas afirmaciones, Ribes expone ampliamente lo que considera que fue ambigüedad en los postulados skinnerianos, con el planteamiento del mundo privado o debajo de la piel (Skinner, 1953) y la concepción del mismo como estímulos (sensoperceptivos) ante los cuales el individuo reacciona.

Suponer, según Ribes, que la piel es el límite de la exterioridad-interioridad es un sin sentido, “pues ninguna acción del organismo puede, en el sentido estricto, ser exterior a él”.

La distinción externo-interno, privado-público está relacionada con la observabilidad de parte de un tercero, con la influencia del comportamiento de A en B. Todas las acciones del organismo son interiores a él (movimientos, sentimientos, reacciones y demás cambios de los cuales la persona puede o no percatarse). Para ejemplificar este hecho, se puede considerar el movimiento peristáltico intestinal el cual es, en esencia, un cambio del organismo que no se constituye en un evento interno o externo, sino hasta cuando existe un tercero (médico por ejemplo) que lo “observa” en el contexto de la interacción con su paciente.

En relación con lo privado, el razonamiento va por la misma línea, pues no es la observabilidad la que define un evento como privado o público. Un evento puede ser privado y observable a la vez (es tan privado un dolor de estómago, como lo es cepillarse los dientes o bailar frente al espejo). Señala entonces que Skinner cayó en la trampa dualista al plantear que “en relación con cada individuo, una pequeña parte del universo es privada” (Skinner, 1953, p. 257), y cita a Kantor (1981) al referir que todo es público en el sentido de que todo es disponible, directa o inferencialmente por observación.

Entonces, desde su perspectiva, lo privado no se refiere a eventos no públicos, sino a eventos *singulares*, es decir, que *realiza un individuo en ciertas circunstancias*. De la misma manera, lo público está definido en función de eventos a los que puede referirse más de una persona con base en acuerdos o convenciones sociales. Este fenómeno de la convencionalidad social es el que caracteriza el lenguaje humano y que ha perpetuado el mentalismo en Occidente.

Ribes destaca que los eventos no aparentes e implícitos (imaginar, soñar, por ejemplo) son, como todos los demás, parte de un sistema reactivo y no se diferencian en sus propiedades de los eventos aparentes y manifiestos (caminar, toser, por ejemplo). Lo que los define es el nivel de efectividad o reactividad que tengan en el ambiente, en otras personas.

Términos como subjetividad, privacidad e internalidad no son más que un problema lingüístico convencional, y por tanto la consideración de su existencia es, por decirlo menos, falta de sentido. De esta manera, el problema debe trasladarse de la naturaleza de tales eventos internos o privados, a la génesis de las descripciones sociales que permiten a las personas responder a dichos eventos como si fueran eventos internos. Puede decirse que en este punto Ribes muestra acuerdo con Skinner.

Conclusión

Los postulados skinnerianos muestran el rechazo vehemente a la definición de la psicología como ciencia dedicada al estudio del alma, la *psiqué* o demás entes trascendentales, y promueve una teoría coherente con los principios de la ciencia, que permita avanzar en la explicación del comportamiento de los organismos.

El comportamiento, en este contexto, se entiende como el objeto de estudio de la psicología y se sustenta en que la conducta tiene regularidades y es susceptible de análisis con base en las relaciones funcionales que establece con el ambiente. El entendimiento de tales regularidades es lo que permite al científico describir, controlar y predecir el comportamiento de los organismos, incluyendo el comportamiento humano más complejo, como es el lenguaje.

Muchas han sido las críticas realizadas al conductismo y especialmente a la teoría postulada por Skinner, varias de ellas relacionadas con la supuesta negación del mundo privado o la singularidad. En este artículo se ha pretendido desmontar tales críticas y revisar brevemente los planteamientos realizados por él sobre el tema de la subjetividad. Sin embargo, permanecen señalamientos de conductistas contemporáneos acerca de la flexibilidad en los términos utilizados por Skinner frente al tema, con lo cual se presenta también el debate de uno de ellos sobre los eventos privados y las teorías filosóficas que les dieron origen.

Referencias

- Ballesteros, B. P. (2002). Procesos comportamentales o procesos psicológicos: orígenes de la equivalencia en la psicología como ciencia de la conducta. *Cuadernos de Clínica No. 7*. Bogotá: Javegraf.
- Bandura, A. (1977). Self Efficacy: Toward a unifying theory of behavior change. *Psychological Review*, *84*, 191-215.
- Beck, A. T. (1963). Thinking and depression: Idiosyncratic content and cognitive distortions. *Archives of General Psychiatry*, *9*, 324-333.
- Chiesa, M. (1994). *Radical Behaviorism: The Philosophy and the Science*. Boston: Authors Cooperative.
- Darwin, C. (1859). *On the Origins of Species by means of Natural Selection*. Londres: Murray.
- Descartes R. (1990). *El tratado del hombre*. Traducción de Guillermo Quintás. Madrid: Alianza Editorial.
- Fodor, J. (1986). *El lenguaje del pensamiento*. Madrid: Alianza.
- Kantor, J. R. (1981). *La evolución científica de la psicología*. México: Trillas
- Lazarus, R. & Folkman, S. (1986). *Estrés y procesos cognitivos*. Barcelona: Martínez Roca.
- Mahoney, M. (1983). *Cognición y modificación de conducta*. México: Trillas.
- Moore, J. (1990). On mentalism, privacy, and behaviorism. *Journal of Mind and Behavior*, *11*, 19-36.
- Moore, J. (1995). Radical Behaviorism and the Subjective-Objective Distinction. *The Behavior Analyst*, *1* (18) 33-49.
- Moore, J. (2001). On psychological terms that appeal to the Mental. *Behavior and Philosophy*, *29*, 167-186.
- Morris, E. (1998). Tendencias actuales en el análisis conceptual del comportamiento. En R. Ardila, W. López, A. Pérez-Acosta, R. Quiñones y F. Reyes, (comps.). *Manual de análisis experimental del comportamiento*, Madrid: Biblioteca Nueva, S. L.
- Peréz Álvarez, M. (1998). El sujeto en la modificación de conducta; un análisis conductista. En V. Caballo, (comp.). *Manual de técnicas de terapia y modificación de conducta*. Madrid: Siglo XXI.
- Rachlin, H. (1994). *Behavior and Mind; the roots of modern Psychology*. New York: Oxford University Press.
- Ribes, E. (1985). *Teoría de la conducta; un análisis de campo y paramétrica*. México: Trillas.
- Ribes, E. (1990a). *Psicología general*. México: Trillas.
- Ribes, E. (1990b). *Problemas conceptuales en el análisis del comportamiento humano*. México: Trillas.
- Ryle, G. (1949). *The concept of Mind*. New York: Barnes & Noble.
- Skinner, B. F. (1938). *The behavior of organisms: An experimental analysis*. New York: Appleton Century Crofts.
- Skinner, B. F. (1945/1972). The operational analysis of psychological terms. *Cumulative Record: A selection of papers* (3a. ed.). New York: Meredith.
- Skinner, B. F. (1947/1972). Current trends in experimental psychology. *Cumulative Record: A selection of papers* (3a. ed.). New York: Meredith.
- Skinner, B. F. (1953). *Science and Human behavior*. New York: MacMillan.

- Skinner, B. F. (1957). *Verbal Behavior*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall.
- Skinner, B. F. (1966). The phylogeny and ontogeny of behavior. *Science*, *153*, 1205-13.
- Skinner, B. F. (1969). *Contingencies of reinforcement: A theoretical analysis*. New York: Appleton Century Crofts.
- Skinner, B. F. (1975) *Sobre el conductismo*. Barcelona: Editorial Fontanella.
- Skinner, B. F. (1989). The origins of cognitive thought. *American Psychologist*, *44*, 13-18.
- Skinner, B. F. (1990). Can Psychology be a science of mind? *American Psychologist*, *45*, 1206-1210.
- Skinner, B. F. (1991). *El análisis de la conducta: una visión retrospectiva*. Barcelona: Editorial Fontanella.
- Vesey, G. N. A. (1965). *The Embodied Mind*. London: George Allen and Unwin, Ltd.
- Wittgenstein, L. (1980). *Remarks on the Philosophy of Psychology*. Oxford: Basil Blackwel.